

LA NOVELA FILM

N.º 40

30 cts.



LA PAPELETA DE EMPEÑO

LA NOVELA FILM

N.º 40

30 cts.



LA PAPELETA DE EMPEÑO

LA NOVELA FILM

Redacción | Lluís, n.º 98
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 40

Prohibida la
reproducción

La Novela Film



Sentimental producción, inter-
pretada por la deliciosa Ingenua

SHIRLEY MASON

PRODUCCIÓN
FOX

CONSERVADORA EXCMO.

DISPONIBLE POR TEL. 1.1

Valencia, 20

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7.- BARCELONA

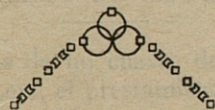
Prohibida la
reproducción

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

Año II

N.º 40



LA PAPELETA DE EMPEÑO

Sentimental producción, interpretada por la deliciosa ingenua

SHIRLEY MASON



PRODUCCIÓN

FOX

CONCESIONARIA EN ESPAÑA

HISPANO FOX FILM S. A.

Valencia, 280

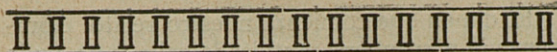
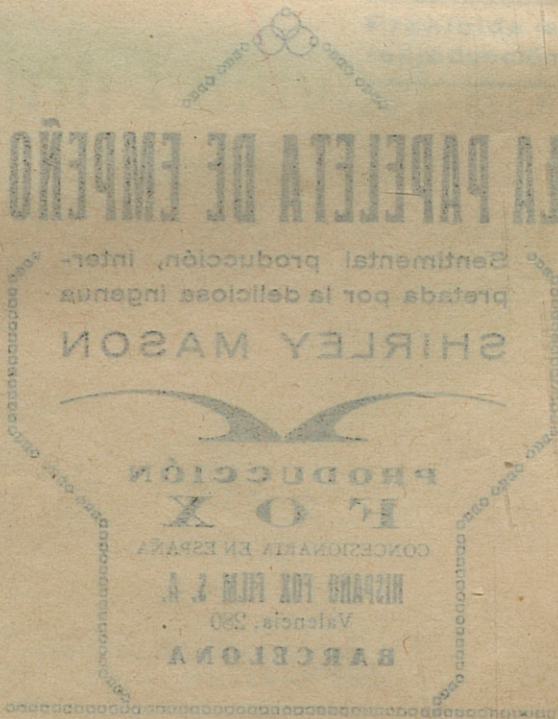
BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción
Administración
BARCELONA

N.º 40

Año II



LA PAPELETA DE EMPEÑO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Durante más de un cuarto de siglo, la casa de Abraham Leví, el prestamista, había sido un refugio para los caídos en las tormentas de la adversidad.

Con el viejo comerciante, a quien todos estimaban por sus actos caritativos y su bondad, vivían su hijo Harris, cuarentón, sencillo como su padre, y Rosa, la mujer de Harris.

Padre e hijo llevábanse bien, pero no le sucedía lo mismo al primero con respecto a Rosa.

Jamás fué de su gusto su nuera, y a pesar de haber buscado medios y ocasiones de tomarle cariño por el mero hecho de ser la compañera de su hijo, no lo pudo lograr.

Rosa era la única culpable de ello, pues no se mostró nunca propicia a ser agradable a su suegro, y le rehuía de continuo para no tener que darle cuenta de sus actos ni recibir sus consejos en forma de cargantes sermones.

Pero marido y mujer eran muy felices. Así lo creía Harris, rendidamente prendado de Rosa, mas el viejo padre no tenía confianza en ese cariño...

El día en que comienza nuestro relato, Abraham vió a su nuera vestida de calle y no pudo menos de decirle:

—¿Tan temprano sales ya a hacer compras?
¿Volverás a tiempo para preparar la cena?



Así lo creía Harris, rendidamente prendado de Rosa...

—Tal vez...—respondióle ella de mal grado. En esto apareció Harris que, amoroso, preguntó a Rosa:

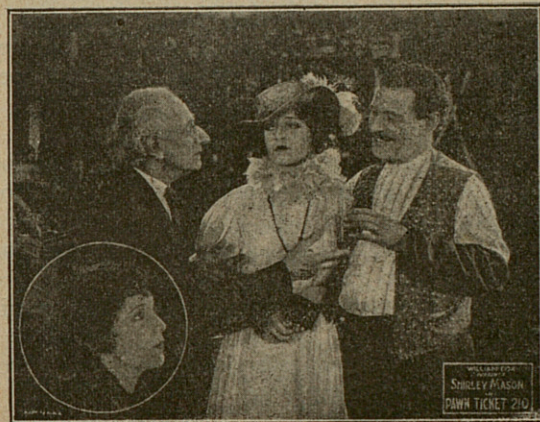
—¿Sales, queridita?

—¡Claro que sí!... ¡Tiene que hacer com-

pras! ¡Siempre la misma canción!... ¡Tu mujer no piensa más que en despilfarrar el dinero!—exclamó el viejo prestamista.

Rosa le miró con odio, al tiempo que Harris, sonriendo a su padre y acariciando a su mujer, decía:

—A mi Rosa le gusta salir a la calle, donde



—A mi Rosa le gusta salir a la calle, donde luce el sol...

luce el sol... donde se ve animación...

—Si sólo le gustara eso, podría tolerársele el capricho... pero rara es la vez que regrese de fuera sin haberse gastado unos duros... ¡Sí, no me mires así, Rosa! ¿Cómo ha de hacer ahorros el pobre Harris, cuando tú te compras sombreros de diez duros?

—Perdona, Harris, me voy; le tengo horror a discutir con tu padre.

Y Rosa dejó solos a los dos hombres.

Abraham intentaba sermonear a su hijo, *para que no le soltara demasiado la rienda a su mujer*, pero Harris cortó por lo sano el conato de discurso:

—Padre, te lo suplico... no digas nada... Lo único que quiero es ver feliz a mi Rosa.

La llegada en la tienda de una nueva cliente, acompañada de una niña de corta edad, dió el trazo final a la escena familiar.

Harris atendió a la mujer.

Esta depositó sobre el mostrador un reloj de pared antiquísimo y pidió cuánto se le podía dar por él.

Harris rechazó la cesión de ese objeto, por ser demasiado viejo.

—No lo puedo admitir—dijo a la necesitada.

—Dele usted el valor que quiera... pero quédese con el reloj...

—No es posible...

La niña que iba con la mujer, rompió a llorar.

—Calla, hijita... Ya comerás luego.

Abraham se fijó en la pequeña y compadecióse de ella.

—Pobre angelito... Tiene hambre—pensó.

Y, a pesar de las miradas de su hijo, puso en la mano de la mujer unos dineros, y arrinconó el armatoste inútil.

De nuevo a solas con su padre, Harris le objetó:

—Ríñes a mi Rosa por gastar algunas pesetas... y no te fijas en que tú las regalas...

—Pero, tratándose de una criatura... con hambre, ¿qué otra cosa va uno a hacer?

Harris echó sus brazos al cuello de su deudo, y lo estrechó contra su pecho, demostrándole que comulgaba en sus mismos sentimientos.

Por la noche, mientras los Leví esperaban a Rosa para que preparara la cena, una desamparada abandonaba en un coche un envoltorio.

El policía de guardia en el barrio vió el hecho y, tomando sus precauciones, recogió dicho envoltorio abandonado y se fijó en la tienda donde entraba la mujer.

Esa tienda era la del prestamista.

Detúvose antes la desesperada ante el escaparate, y miró con insistencia unos objetos.

Dentro del establecimiento, la tragedia destrozaba el corazón de dos hombres. ¡Rosa había abandonado el hogar! Una carta, encontrada en la habitación de los esposos, lo revelaba cruelmente. Decía aquélla:

Harris:

Ya no puedo soportar más tiempo la farsa de mi vida. Adiós. Me voy al lado del hombre a quien realmente amo.

Rosa

Harris estaba como loco de dolor.

En cuanto al viejo padre, si bien era cierto que él temiera siempre un paso en falso de la casquivana, vertió quemantes lágrimas de pie-

dad por el hijo, que no merecía el terrible desengaño que sufría, y murmuró frases de desprecio y olvido de la adúltera.

Fué algunos minutos después de recibir los Leví el rudo golpe del sino que presentóse en la tienda aquella desesperada.

—¿Cuánto vale una de esas pistolas del escaparaté?—preguntó al prestamista Abraham.

El viejo la miró detenidamente, y leyó en los ojos de la infeliz el propósito que la impulsara a hacerse con un arma.

Respondióle así:

—Señora, esas pistolas no están en venta...

—A cambio de cualquiera de ellas, aquí tiene usted mi anillo nupcial... Es todo lo que poseo.

En este momento apareció ante los Leví y la desesperada, el policía que había recogido el envoltorio, que contenía una tierna criatura.

—¡Queda usted detenida!—dijo a la desconocida.

—¿Qué pasa?—inquirió Abraham.

—Acaba de abandonar a esta niña en un coche... Mi deber es llevarla a la Comisaría...

El prestamista interrogó a la mujer:

—Señora... ¿dónde está su marido? ¿No tiene usted casa?

—No tengo hogar... ni dinero... ¡ni nada!

Harris había cogido a la primorosa criatura y la mecía en sus brazos.

Al oír que la pobre madre se había visto precisada a abandonar a su hijita por falta de recursos, y adivinando que después de con-

sumado el sacrificio materno la infeliz quería matarse, tuvo una idea, que expuso a su viejo:

—Padre, ¿no podríamos ayudarla? ¿No podríamos cuidar a su hijita... durante algún tiempo?

Abraham había pensado lo mismo que su hijo, y no vaciló en probar la realización de su mutuo deseo, considerando que para ambos —principalmente para Harris— el calor de la criaturita sería el mejor bálsamo que sanaría su abierta herida de engaño.

—¿Oye usted lo que dice mi hijo? Quiere guardar a la niña en nombre de usted...

Intervino el policía:

—¡Nada de eso! ¡Me consta que abandonó a su hija, y es preciso que la encierre... con la criatura!

Abraham tomó aparte al agente de la autoridad.

—Señor Mac, hace veinte años que le estoy vendiendo a usted uniformes a mitad de precio... ¿Por qué ahora, en cambio, no me hace el favor de olvidar este incidente?

Reflexionó por espacio de unos segundos el policía, tras de lo cual contestó al prestamista:

—Bueno... Como usted guste...

Y reintegróse a su puesto de vigilancia.

La desesperada mujer estaba pendiente de lo que decidieran hacer con su hijita los Leví. El padre le habló en los siguientes términos:

—Nos quedamos con la niña. La cuidaremos como si fuera nuestra... y cuando pueda us-

ted... y quiera... se la devolveremos... Trate de olvidar sus penas, y no se olvide de que se debe a este angelito...

—Sí, sí... trabajaré para él... para poder recogerlo algún día...

Esta niñita será para mí un gran consuelo...

—Tome, buena mujer. Esta es la papeleta de empeño número 210, que corresponde a lo que usted nos deja aquí desde esta noche. Cuando pueda... en la fecha que sea... presentando este documento se le devolverá la niña.

—No puedo aceptar este papel... no puedo...

—Nadie puede saber lo que nos reserva el porvenir... de modo que lo mejor es que guarde usted el recibo...

¡Oh, hija de mi alma! ¡Dios sólo sabe por qué debo abandonarte! ¡Déjeme besarla otra vez!... ¡Vida mía!... ¡No, no puedo dejarte! Pero, ¡ay de mí, mi vida está rota y a mi lado perecerías de hambre y de frío... ¡Trátenla ustedes con cariño... y eternamente se lo agradeceré!

—Serénese, señora...

Mas la cuitada ya estaba lejos y deambulaba por oscuras calles, evitando el contacto de la gente. Por último, detúvose a la orilla de un río y arrojóse en sus aguas. Un hombre dió voces de alarma, a la par que arrancaba a la muerte a la desventurada mujer. Acudieron numerosos transeúntes y un policía. Al sacarla del agua, el guardia opinó, con otras personas:

—¡Está loca!

En efecto, su rostro descompuesto y su cabellera deshecha, fundaban la sospecha de la demencia de la suicida.

* * *

Los años pasan... Ha muerto Abraham, pero su tienda prospera bajo la dirección de Harris.

Y Ruth, la niña *empeñada*, a quien el prestamista quiere, ampara y cuida, como si fuera su propia hija, es ya una mujer.

Revolviendo unos papeles, Ruth encontró la copia de la papeleta de empeño que fué extendida cuando su madre la dejó al cuidado de los Leví y rogó a Harris, al que llamaba tío:

—Dime otra vez, tío Harris: ¿cómo era mi mamá?

—Era como tú, hija mía: bella y adorable.

—¿Qué habrá sido de ella desde aquella noche?

—Dios lo sabe, hijita... ¿Quién sabe si algún día volverá a esta tienda!

—¡Pobre madre mía! ¡Si volviera!...

Harris no lo esperaba. Había transcurrido mucho tiempo desde aquella fecha, y en verdad le sería doloroso separarse de su querida *sobrino*.

Para no prolongar el recuerdo del pasado con Ruth, Harris la mandó a un recado.

—¿Quieres ir a casa de Shartz y traerme algo que merendar y unos cigarrillos?

—Sí, tío, en seguida.

Ruth tocóse un poco el peinado, miróse al espejo, y colgándose al brazo una cestita salió de compras.

Entretanto, en la sala de billares del misterioso Gregg, quien se servía de su bar y de sus mesas como de biombo para ocultar su verdadera profesión de estafador, hallábanse jugando varios malos sujetos.

Apartado de ellos, Chick Malloy, a quien las malas compañías habían convertido en uno de los secuaces de Gregg, recibía órdenes del jefe.

—Empeña cuanto antes el reloj que robaste anoche y dame mi parte.

Chick miró con desprecio a Gregg y respondióle:

—Está bien. Voy a hacerlo ahora mismo.

Al salir a la calle, Chick encontróse con Ruth, a quien quería y de quien era correspondido. Podía decirse que eran novios.

Chick la saludó con alegría y sin importarle un mito las miradas de sus compinches, acompañó a Ruth y le propuso:

—¿Quieres venir conmigo al teatro esta tarde, Ruth?

—¿Pero, tienes dinero, Chick?... ¿Estás ya trabajando?

—No... Pienso empeñar mi reloj...

—No quiero que hagas eso, Chick... ¿Cuándo vas a ser formal, como yo deseo que tú seas?

—Es que no he encontrado aún colocación... Tengo algo en vista... pero ya veremos...

—Ya hablaremos luego... Ahora, mi tío me está esperando...

Se separaron.

Pero poco después de esa entrevista, Chick entró en la casa de empeño y dejó en el mostrador el reloj que robara la víspera.

Ruth vió a su novio y observó sus menores gestos. Le parecía intranquilo. Tal vez avergonzado de verse en la obligación de desprenderse de ese objeto para poder comer...

Harris examinó el reloj antes de ofrecer algo por él, y en este momento entró en la tienda un detective, que había estado espionando a Chick, cuya dudosa conducta conocía.

Al ver al agente de la secreta, Chick temió su primer encierro en la cárcel.

Ruth no dejó de sorprender el azoramiento de Chick.

—¿Qué se le ofrece?—adelantóse a decirle Harris al detective, dejando el reloj de Chick en el mostrador.

—Ando buscando un reloj que fué robado anoche en un baile. Tiene las iniciales "J. B." en la tapa...

Ruth apoderóse discreta y rápidamente del que pretendía empeñar Chick y con dolor comprobó que era el que la policía buscaba.

Chick simulaba tener la conciencia limpia.

A fin de salvarle, Ruth guardóse el reloj con las iniciales comprometedoras.

Harris, que no se había fijado en ese detalle, respondió al detective que no había llegado a sus manos el reloj de referencia.

—Enséñeme el que le acaba de dar Chick.

Ruth hizo un cambio, y el reloj que Harris enseñó al detective, distaba mucho de ser el robado.

Para salvar la situación, Ruth instó a Chick



... Chick temió su primer encierro en la cárcel.

a hablarle.

—Y... ¿se puede saber a qué teatro me llevarás?

Desconcertado, Chick, hizo un esfuerzo extraordinario para ayudar a su novia a salvarle.

—Al que tú quieras... No he pensado en ninguno...

Engañado por las apariencias, el detective marchóse de la tienda del prestamista.

No bien lo hubo hecho, Ruth acercóse con tristeza a Chick y le dió el reloj que ocultara a tiempo de evitarle ir a la cárcel.



... y con dolor comprobó que era el que la policía buscaba.

—Toma... No has sufrido tú nunca como yo hace un momento... No lo mereces, Chick... porque no eres honrado.

El tío Harris había comprendido la nobleza de su *sobrina*, y se encaró, severísimo, con Chick:

—¡Y tenías la audacia de pretender que Ruth saliera en compañía de un ladrón!... ¡Vete de aquí, y que nunca te vuelva a ver en esta casa!

Apenado, Chick desapareció.

Ruth se puso muy triste, y su tío vió en ello un peligro para el corazón de la muchacha. Para consolarla, sentóla sobre sus piernas y le habló así:

—Ruth, querida niña, es preciso que te apartes de la amistad y de la compañía de muchachos de esa calaña...

—Estoy segura de que Chick no es malo... Tiene buenas intenciones y me quiere mucho.

—Hace tiempo que vengo pensando en que debías ir a un Colegio... donde conozcas y trates a personas de calidad...

—¡Pero si no quiero ir a ninguna parte, tío Harris! ¡Te quiero mucho y prefiero quedarme aquí... siempre!

—Bueno, hijita, no llores... No te mandaré al Colegio, pero has de prometerme sanear tus relaciones de este barrio.

—¡Sí, tío, sí, pero no me separes de t'! Aquí sonó el timbre del teléfono.

Harris se puso al aparato.

—¿Quién?... ¡Ah! ¿Eres tú, Strong?... Voy a verte en el acto... No... no hay nadie en la tienda... Ruth quedará al cuidado de ella durante mi corta ausencia... Hasta ahora...

—¿Era el señor Strong?—preguntó Ruth a su tío, al colgar éste el auricular telefónico.

—Sí, es mi amigo el maderero, que quiere

hablar conmigo inmediatamente... No puedo entretenerme... Regresaré pronto...

—Abrígate, ¿oyes?

A poco, Harris conversaba con John Strong, Presidente de la Compañía Industrial que llevaba su nombre, que se debatía en un apuro financiero.



—Estoy segura de que Chick no es malo...

—La casa de Porter—decía Strong—me exige fondos en un plazo de veinticuatro horas... y me amenaza con obligarme a suspender mis negocios... Es la quiebra... la ruina...

—Calma, John... Eso no debe ser... ¿Cuán-to necesitas? ¡Ea, no le hagas escrúpulos a mi oferta! ¿Por qué no he de ayudarte?

—Pero no tengo ninguna garantía que ofrecerte...

—Eres mi amigo... No hace falta más garantía, John.

—¡Eres un raro caso de bondad, Harris!



—¡Sí, tío, sí, pero no me separes de ti!

¡Gracias, amigo mío!

—¡Bah! Eso no tiene ninguna importancia... Lo esencial es que puedas despejar la situación...

—Si de algún modo puedo pagarte todo lo que has hecho por mí...

—Mis actos son propios... Mas, sí, John... he de pedirte un favor especial...

—Dispón de mí.

—Me pesa tomar esta determinación... pero sólo me interesa el resultado... Mi protegida Ruth es ya una mujercita... y creo que si viviera en un hogar como el tuyo... por una temporada... quizá conociera a algún joven... como Dios manda...

—Aceptado, Harris, aceptado...

—¡Gracias! Entonces, mañana temprano... puedes ir por ella.

El amor—supremo sentimiento de redención—había impulsado a Chick a regresar a la casa de préstamos, a pedir perdón...

—Ya sé que hago mal en presentarme a ti después de lo sucedido... Pero tengo que decirte una cosa... Te prometo que, de hoy en adelante, seré honrado y me apartaré del mal... pero no me abandones...

—Nadie puede quererte como yo... y nadie desea como tu Ruth que seas bueno y que trabajes. Deja tus malas compañías, y elévate al mismo nivel de los hombres que pueden llevar ufana una mujer al altar... Yo quisiera que fueras tú quien hiciera eso conmigo.

—Sí, sí, Ruth... yo seré... quiero serlo...

—Ahora, vete... Mi tío está por llegar... Mirale allí... No ovides tu promesa, que yo te esperaré.

—Adiós.

Harris había divisado desde lejos a Ruth

con Chick, y reprochó a la primera la inobservancia de su consejo.

—Estoy segura, tío Harris, de que Chick se enmendará...

—Mejor para él.

—Mejor... para todos, pues, si es honrado, no molestará a nadie.

—Dejemos ese asunto de lado... Hemos de hablar... Tengo una gran sorpresa para ti...

—¿De qué se trata?...

—He hablado con John Strong, e irás a vivir a su casa: como una damita.

—¡No, tío Harris!... ¡Eso no puede ser!... ¿Cómo quieres que nos separemos cuando somos tan dichosos?

—Precisamente porque te quiero más que a nada en el mundo, es por lo que deseo que vivas en la atmósfera de la mejor sociedad...

—¡Si yo ya estoy bien aquí!

—No llores, Ruth... Reflexiona... Nada vale tanto como la educación... Ya verás cómo me lo agradecerás más tarde...

Pero ella no se consolaba... y Harris enjugóse también algunas lágrimas.

Aquella noche, Chick volvió al salón de billares de Gregg, quien le pidió noticias del reloj que debía empeñar.

—¿Cuánto te dieron?... ¿Dónde está mi parte?

—He aquí el reloj... Guárdese usted... y que le aproveche... Yo no vuelvo a mancharme las manos...

—¿De modo que has decidido regenerarte,

eh? ¡Pues, sé todo lo bueno que quieras, pero el día que te necesite, te obligaré a que me sirvas, como hasta ahora! No lo olvides.

—Eso se habrá de ver...

—Lo mismo digo.

Al día siguiente.

Ruth no pudo conciliar el sueño en toda la noche, pensando en la separación.

Y llegó esa hora amarga, pues Harris, dominando sus sentimientos, insistió en que Ruth debía conocer un ambiente más puro que el que él le diera a conocer.

John Strong ofrecióse, cariñoso, a ser su mejor amigo, y Ruth no se resistió más a obedecer a su tío.

Este, ocultando su emoción, la abrazó afectuosamente y le pronunció palabras de consuelo:

—No te apures... Iré a verte con frecuencia...

Apenas hubieron partido Strong y Ruth, otro auto—éste de alquiler—deteníase frente a la casa de préstamos, y de él se apeaba Chick, vestido de *chauffeur*. Este era su empleo desde aquel día. En su gorra brillaban las letras doradas del nombre de la Compañía Black y White, de taxis.

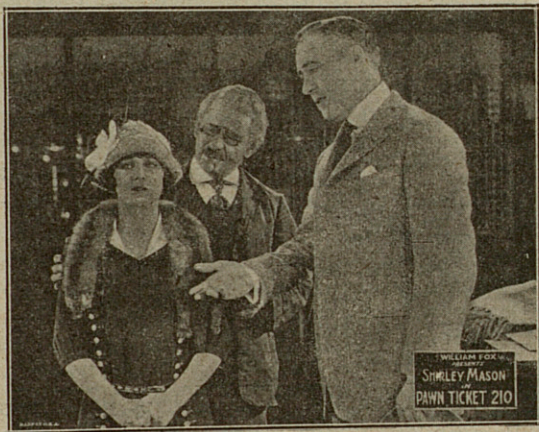
—¿Podría ver a Ruth?—pidió a Harris.

—Te equivocaste: Ya no la verás más... Tú eres uno de los causantes de su separación de mi lado... La he mandado a una casa en la que conocerá y tratará a personas decentes... y no a pillos como tú...

—¿De modo que no se me considera digno de ella, eh? Pues yo sabré demostrar que lo soy... ¡Y, además, sabré encontrarla, para darselo!

Chick, disgustadísimo con Harris, dió un portazo y alejóse sin rumbo con su coche.

—¡No está mal! ¡El chico tiene carácter!—



John Strong ofrecióse, cariñoso, a ser su mejor amigo...

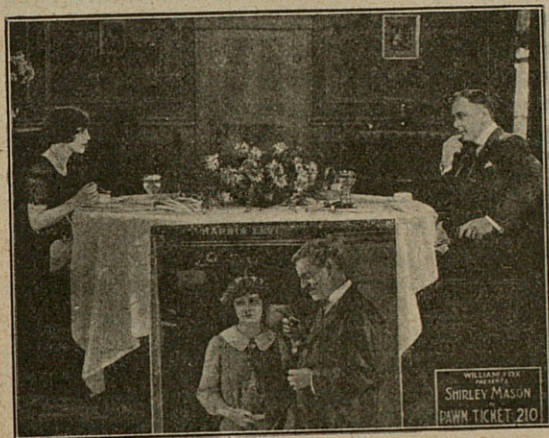
apreció Harris sonriente.—¡No estaría mal que Ruth hiciera el milagro de sacar a flote a esa nave sin guía!

En su nuevo hogar, y aunque sin consolarse de la falta de su tío Harris, Ruth estaba contenta, merced a los halagos y consideraciones de que la rodeaba Strong.

Un día, dirigiéndose el coche del maderero a la Opera, conduciendo a Ruth, sufrió el motor una avería.

—Perdone, señorita... Habrá de continuar en un taxímetro, para que no llegue tarde...

La casualidad—bendita en este caso—combinó las cosas de manera que fuera el *auto*



En su nuevo hogar...

de Chick el que Ruth hiciera detener.

Como fué el *chauffeur* de Strong quien diera la dirección de Ruth a Chick, éstos no supieron que estaban inmediatos uno de otro hasta cerca de la Opera.

Fué Ruth la primera en comprobar la grata coincidencia, merced al espejo anexo al parabrisas.

—¿Eres tú, Chick?

—¡Qué oigo, Ruth!

Se supone que la gentil muchacha prefirió quedarse en el auto—detrás de la Opera—para platicar con Chick a entrar en el teatro.

—¡Qué casualidad, Chick!

—¡Cuánto me alegro de haberte encontrado sin más ayuda que la de la Providencia! Te he andado buscando por todas partes desde hace varios días... ¿Dónde has estado?

—Vivo en casa del señor Strong, amigo íntimo de mi tío... ¡Oh, es casi un palacio!...

Chick hizo una mueca de desagrado y murmuró:

—Supongo que a estas fechas habrás conocido a muchos elegantes, y que muy pronto me olvidarás...

Ruth observó cariñosamente a su novio, y le aseguró:

—Chick, si mantienes tu promesa de enmendarte, puedes estar seguro de que nadie te substituirá en mi corazón...

* * *

Strong atravesaba un apuro mayor que el anterior.

Acababa de recibir el siguiente telegrama:
Su pagaré por quince mil duros venció hace seis días. A menos que pague antes de mediodía de mañana, demandaremos judicialmente.

Jenkins y Compañía

Titubeó antes de decidirse a pedir ayuda a

Harris, pero como éste era su verdadero amigo, resolvió someterle el caso a su consideración.

—Perdona, Harris... pero no sé qué hacer. Nadie más que tú puede sacarme de este trance...

—¡Quince mil duros es mucho dinero, John!

—Pues si no encuentro esa cantidad, estoy arruinado...

—Sea... Vayamos hasta el fin. Arreglaré el asunto por teléfono con mis banqueros...

Mientras Harris conferenciaba por hilo con éstos, ofreciendo como garantía su casa de préstamos, Strong hojeó un álbum de fotografías pertenecientes a la familia del primero, que el segundo encontró abierto a una página que contenía el retrato de Ruth.

De súbito, Strong vió en otra página una fotografía que llamó poderosamente su atención. Aparecían en ella dos personas, vestidas de novios. El era Harris; ella Rosa, la adúltera.

Y Strong sudaba, presa de angustia...

Harris le devolvió a la realidad.

—Ya está arreglado, John. Mañana te esperaré en el Banco a las diez... para entregarte el dinero...

Strong volvió a mirar a la aludida pareja del retrato y, sorprendiéndole, Harris dijo:

—Era mi mujer... Rosa...

—¡Ah! ¿De modo que esta...?

—Sí... Fué infiel a mi cariño... En fin, tú tienes tus propias desgracias... ¿Para qué contarte ahora las mías?

—Hasta mañana, pues...

—Se bueno con Ruth... Nunca olvidaré cuanto hagas por ella. Ya ves que, a cambio de tu protección, he puesto en tus manos toda mi fortuna... y mi casa.

—¡Gracias, Harris!

Mientras, Gregg esperaba a Chick a la salida del garage, y al verle, le dijo:

—Tengo un plan para esta noche... y te necesito.

—Ya le dije que aquello se acabó...

—Si no haces lo que te digo, te denunciaré a la policía. Ve a tu casa, despójate de este uniforme y ya sabes dónde te espero. ¡No faltes!

Aunque amenazado por su antiguo jefe, Chick resolvió ser fiel a la promesa hecha a Ruth, y aquella noche, temprano, preparóse para huir de la ciudad. Antes escribió la siguiente nota para su novia:

Ruth:

Es preciso que salga de la ciudad. No te puedo explicar ahora la causa. Seré fiel a mi promesa.

Chick

Pero ni pudo huir ni mandar ese escrito.

Porque Gregg, temiendo el desmando de su antiguo secuaz, presentóse en su casa.

—¿Qué significa esta maleta? No sé por qué no te escarmiento... Ahora mismo vas a acompañarme a hacer una visita a la casa de préstamos de Leví.

—He dicho que no, y de ahí no me saca nadie.

—Calma, amigo y reflexiona... O vienes conmigo o vas a la cárcel.

—¡Iremos los dos!

—Yo estoy tranquilo... mientras que tú... con el robo del reloj que anda buscando el de-



... y ella también pensaba en él...

tective Slim, que te tiene mucha simpatía...

Chick no oía nada... Su pensamiento lo acaparaba Ruth... y ella también pensaba en él...

Harris cerraba su tienda, pues la noche avanzaba, cuando una mano dió unos golpes a la puerta.

—¿Quién será a estas horas?—preguntábase el prestamista a la par que abría.

Apareció una dama.

—Buenas noches, señor... ¿No fué esta tienda en otro tiempo de Abraham Leví? ¡Sí, ya recuerdo! ¡Le reconozco a usted! Yo soy...

—¿Qué?... ¡El recibo de la papeleta de empeño número doscientos diez!... ¡Ah! ¡Usted es la madre de Ruth!

—Sí. También me ha reconocido usted...

—¡Hace quince años!... Estaba en la creencia de que usted había muerto...

—Estuve como muerta... hasta hace un año...

Una persona amiga me encontró en el manicomio... obtuvo mi libertad, demostrando que yo no estaba demente, y me condujo al Oeste, donde recuperé la salud por completo...

—¡Qué sorpresa!... Comprenda mi emoción...

—¿Le ha sucedido algo a mi hija?

—No, está muy bien, viviendo en casa de mi mejor amigo...

—¡Oh, gracias, Dios mío!... ¿Y me llevará usted a su lado? Dígame que sí... y hábleme de ella... Describame usted cómo es...

Harris, abatido de pesar, a la idea de tener que separarse definitivamente de Ruth para devolvérsela a su madre, mostró a ésta el álbum de las fotografías de la familia, abierto a la página del retrato de su protegida.

Como Strong, la madre de Ruth vió la fotografía de nupcias de Harris y Rosa, y exclamó sorprendida:

—¡Esa es la mujer que se interpuso entre mi marido y yo! ¡La mujer responsable de todas mis desgracias!

—¿Qué dice usted...?

—¡Sí!... ¡Conquistó a mi marido!...

—¿Y quién era ese villano?

—¡Vive aún! ¡Se llama John Strong!

—¿Eh?... ¡No es posible!... ¿John Strong, el negociante de maderas?

—¡Sí!

—Venga usted conmigo... La voy a conducir al lado de su hija...

En el tejido de la vida, la trama tiene a veces hilos de bondad y, a veces, hilos de dolor... Y esa trama es lo que llamamos Destino...

En casa de Strong, Harris, como enloquecido, presentó la madre de Ruth al que siempre consideró su amigo.

Strong sorprendióse sobremanera al reconocer a su esposa, y ésta también. Pero él le tendió los brazos, mientras que ella lo desprecia.

—¿La conoces?

—Sí...

—¡Aquí tienes a tu esposa y a tu hija!

—¿Ruth es mi hija?

—¡Sí, perro! Pero dime ahora: ¿dónde está mi mujer? ¿Qué hiciste de ella? ¿por qué me has engañado como un miserable?

—Harris, es preciso que me escuches y que

me creas... Puedo explicártelo todo... Yo nunca supe que Rosa fuera tu esposa...

—¡Calla, infamé! ¡Tú, a quien siempre traté de ayudar en la desgracia! ¡Tú, a quien creía mi mejor amigo...! ¡Me has destrozado el corazón!... pero ahora, te haré pedazos a ti... ¡te arrastraré al arroyo, miserable!

Ruth quiso evitar que Harris se fuera, pero su deseo fué vano.

A solas con su mujer y su hija, Strong habló así a la primera:

—Hace quince años, quise explicarte lo que ocurría y no me lo permitiste. ¡Ahora, es preciso que me escuches!

—Habla ya...—dijo la esposa.

Y brotó de los labios de Strong la triste historia.

“Hace quince años, presentóse a mi casa la desconocida esposa de Harris.

—*Acabo de abandonar a mi marido para siempre*—me dijo.

—Pero, ¿por qué vienes a mí?—le respondí.

—*Tú me quisiste en otro tiempo...*

—Pero eso pasó ya... Me he casado y tengo una hijita...

—*¡Fuiste mío, te amo... y no renunciaré a ti nunca!*

“En aquel momento te vi que nos estabas contemplando. Me separé de Rosa y fuí a decirte que no dieras una falsa interpretación a la presencia en mi casa de mi antigua amiga. Pero tú no quisiste escucharme.

—¡Cuando nos casamos, me juraste no vol-

ver a verla nunca... y ahora tienes la audacia de traerla aquí!—me echaste inmerecidamente en cara.—Y me abandonaste. ¡Quince años de sufrimiento para ti y para mí... completamente inútil! Y ahora sucederá lo mismo con Harris, porque él tampoco me querrá escuchar.

Ruth, dolorida, abandonóse en los brazos de su madre, que lloraba reconociendo su inmenso error—pues creía a su marido—y dijo a su padre:

—Yo iré a ver al tío Harris... y a *mí* sí me escuchará.

Gregg y Chick habían penetrado en la casa de empeños y se hallaban prontos a operar en la cerradura de la caja de caudales.

La llegada de Harris interrumpió su examen de la maciza caja.

El pobre hombre lloraba de rabia y de dolor, imperando aquélla, por la falsía del amigo.

Ruth llegó hasta él, y a pesar de los desprecios que él le hacía por ser la hija del hombre que le robó su dicha y su honor, logró que Harris escuchara el relato que de la verdad de los hechos había hecho su padre a su madre.

El prestamista, cegado por el despecho, quiso quitarse de delante a Ruth y le respondió, sin conciencia de su brusquedad:

—Por el amor que te tuve, perdonaré a tu padre, pero no quiero volver a verte... ni a él tampoco... nunca más... Ahora, vuelve al lado de tus padres...

—Tío Harris, por Dios, te quiero... y no me

marcharé hasta que me digas que me quieres... todavía... como antes...

—¡No, no, no! Cada vez que te viera, me parecería que le veía a él...

Ruth se había asido a un brazo de su tío, y éste, al intentar desasirse de ella, la empujó con fuerza y la muchacha cayó al suelo.

Chick no pudo seguir más tiempo en su puesto de ladrón, y salió en auxilio de su novia.

Pero Gregg, vengativo, disparó su revólver sobre su ex cómplice, alcanzando la bala un brazo de Ruth, la cual no había visto—en la obscuridad—a Gregg ni a Chick.

Chick arrojóse sobre el criminal, pero éste se dio a la fuga intimidándole con su arma.

El tío Harris, presa de mortal inquietud, arrodillóse en tierra y atrajo a sí a la herida, exclamando:

—¡Ruth, mi Ruth... no hablaba en serio! ¡Te quiero... y haré todo lo que me pidas! ¡Comprende cuánta humillación representa para mí la conducta de mi esposa!... Pero habla, habla a tu tío Harris, Ruth.

La muchacha se había desmayado.

Aprovechando esta circunstancia, Chick explicó a Harris—mientras éste curaba a Ruth—su presencia en la casa de préstamos como un malhechor.

—Con amenazas, Gregg me obligó a venir, pero ni un solo momento pensé en secundar sus planes. Se lo prometo por la sagrada salud de mi madre. ¡Quiero ser un hombre honrado, se-

ñor Harris, porque amo más que a mi vida a Ruth!

Ruth abrió los ojos y miró con ternura a su tío.

—Tío Harris, dime... ¿no me obligarás a irme, verdad?

—¡Nunca, Ruth, nunca! Nadie te arrancará



—¡Nunca, Ruth, nunca!... Nadie te arrancará de mi lado...

de mi lado...

Chick, que sufría pensando cuánto debía Ruth sufrir, por su causa—pues la bala iba dirigida a él—permanecía silencioso en un rincón.

Ella le vió y le miró asimismo con infinita dulzura.

—¿Qué espera Chick?—dijo a tío Harris.
—No sé... Está ahí como fascinado. Acaba de llegar. Entró cuando sonó el disparo que te ha herido. Se conoce que sabía que estabas aquí.

—Debió seguirme... ¡Qué celoso es!

—Ya sé que te quiere... y yo también creo que se enmendará por completo. Desde hoy lo tomaré como secretario en la tienda. Y desde ahora mismo le doy órdenes:

—¡Chick, corre a buscar a los padres de Ruth, y *cuidadito con volver sin ellos!*

—Vuelo allá, señor Harris.

—¿Qué le dirás a mi padre, tío Harris?

—Pues que, aunque ello les parezca ilegal, los intereses devengados por la papeleta de empeño número 210, representan el cariño que te tengo... y el que te profesa Chick... que, como no hay bastante dinero para comprar ese cariño, tú vivirás conmigo y te casarás con Chick.

—¡Oh, tío Harris...!

—Además, para asegurar vuestro porvenir, esta tienda será vuestra el día que yo...

—Calla, tío, calla... Tú no te morirás nunca... porque yo no quiero...

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

LA SUGESTIVA NOVELA

EL ETERNO DON JUAN

PROTAGONISTAS:

LEWIS STONE
FLORENCE VIDOR

POSTAL - REGALO

VICTOR VARCONI

LA NOVELA FILM sale todos los martes en toda España

PUBLICACION SELECTA

NUMEROSAS ILUSTRACIONES FOTOGRAFICAS

PRECIO: 30 CTS.

Asunto basado en un caso de la vida real.

«Un padre más tenorio que el del drama de ZORRILLA apuesta con su hijo sobre la honradez de su novia, asegurándole que él sabrá demostrarle que esa muchacha es como todas, frágil y vetea, y que conseguirá su amor. Pero...»

Colecciones completas y números sueltos atrasados a precios corrientes, de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S. A. Barará, 16. — BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todos los Kioscos de España



Ha comprado usted ya el cuarto
volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

Honrarás a tu madre

No debe usted olvidarse de ello.
Es lo más sentimental que se ha
escrito y sus hermosas enseñan-
zas son útiles para todos!

¡Pida esta obra en todas partes!

**Recuerde los números an-
teriormente publicados:**


La Mendiga de San Sulpicio

La Madona de las Rosas

Los Diez Mandamientos

• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Regalo
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Dering, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliotropo	Bebé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las Mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguete del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Minter
19	De florista a millonaria	Dustin Farnum
20	El Crimen del Millefleurs Palais	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Navarro
22	El secreto profesional	Mabel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	¡Valiente Luna de miel!	Lois Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El Detective	Pearl White (Perla Blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Odette (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del Abismo	Georges Biscot
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres
31	El Caballo de Carreras	Douglas Fairbanks
32	Su Señor y Dueño	Constance Talmadge
33	La Madrecita	Rodolfo Valentino
34	La Pimpinela Escarlata	Shirley Mason
35	Gorrión de ciudad	J. Warren Kerrigan
36	La Novela de una Estrella de Cine	Pauline Frederick
37	La Iliada, de Homero	Monte Blue
38	¡Soy Inocente	Pola Negri
39	La Alegría del Batallón	Jackie Coogan
40	La papeleta de empeño	Mary Carr



Lee y recomiende



**Honrarás
a tu madre**



Es un buen consejo

